

AÚN ROTA, TE ESTOY LLAMANDO

CONTENIDO

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

CAPITULO 1

CAPITULO 2

CAPITULO 3

EPÍLOGO DEL CAPÍTULO

REFLEXIÓN FINAL

PÁGINAS FINALES
SOBRE LA AUTORA

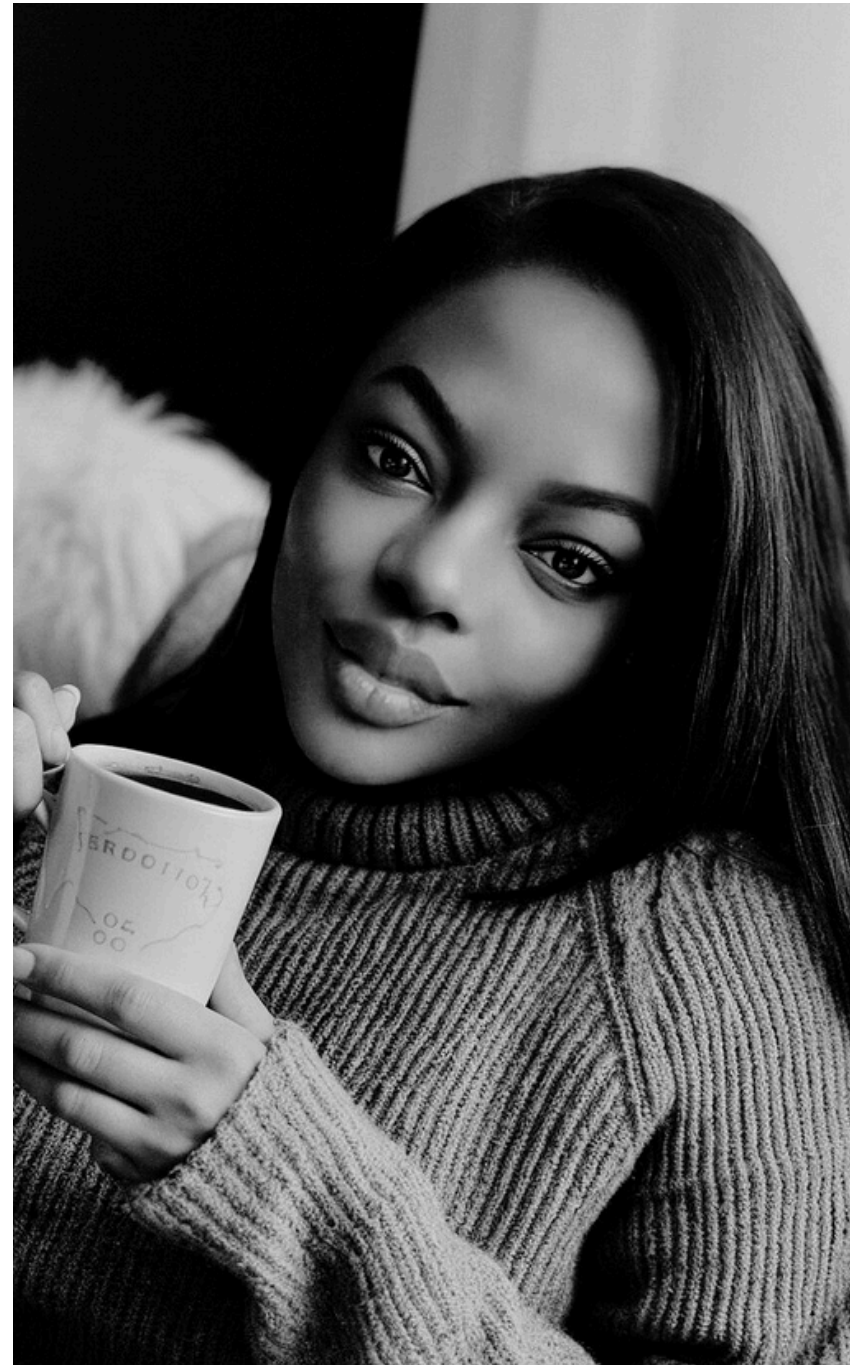
PRÓLOGO

Doy gracias a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús.”— 1 Corintios 1:4

Querido corazón que ha decidido caminar conmigo a través de estas páginas:

Tu decisión de abrir este libro no es casualidad. Es el resultado de un susurro divino que te ha llevado hasta aquí, hasta este momento donde nuestros caminos se encuentran en la intimidad de la lectura y la fe compartida.

Escribir estas líneas ha sido un acto de vulnerabilidad total, un desnudar del alma que solo es posible cuando comprendes que tus quebrantos pueden ser medicina para otros corazones sedientos. Cada palabra ha sido tejida en oración, cada página ha nacido de encuentros reales con el Espíritu Santo, y cada historia ha sido vivida en la trinchera de lo cotidiano donde la fe se prueba y se refina.



Ing. Xiomara Quiñónez V.

No soy una escritora que decidió hablar de Dios; soy una mujer que Dios escogió usar para escribir. La diferencia es abismal. Una construye desde el intelecto, la otra es construida desde el encuentro. Una busca impresionar, la otra busca transformar. Una escribe para el aplauso, la otra escribe para la sanidad.

Te agradezco porque al elegir este libro, no solo estás invirtiendo en tu propio crecimiento espiritual, sino que estás permitiendo que Dios use tu corazón hambriento como el lienzo donde Él quiere pintar milagros nuevos. Tu apertura a recibir es lo que permite que estas palabras trasciendan el papel y se conviertan en revelación viva.

Que estas páginas no sean solo lectura, sino encuentro. Que no sean solo conocimiento, sino transformación. Y que cuando cierres la última página, no sea el final de una historia, sino el comienzo de la tuya propia con un Dios que te sigue llamando, aun rota, especialmente rota, porque sabe que los corazones quebrantados son el terreno más fértil para plantar resurrecciones.

“En la fractura del corazón humano, Dios encuentra la abertura perfecta para hacer morada eterna.”

Gracias por permitirme ser compañera de tu camino hacia la plenitud que ya eres en Cristo.

Con inmensa gratitud y expectativa divina,

CEO -LA Belleza de lo Simple

CUANDO TODO SE ROMPE... ÉL
AÚN TE LLAMA.

INTRODUCCIÓN

Para Ti, Que Te Sientes Quebrantada

“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados.”

– Isaías 53:5

“Es en nuestras grietas donde entra la luz.”

– Leonard Cohen

Querido/a Lector/a

*Si has llegado hasta aquí, es porque algo en tu corazón reconoce la verdad de estas palabras: **Aun rota, Él te está llamando.** Tal vez te despiertas a las 3:33 de la madrugada sintiendo que tu vida no es lo que esperabas. Quizás miras el espejo y ves los pedazos de sueños aplazados, matrimonios que necesitan restauración, propósitos que parecen inalcanzables, o simplemente el cansancio de una mujer que ha tratado de sostener todo con sus propias fuerzas.*

Este libro no nació en una oficina editorial ni surgió de teorías teológicas perfectas. Nació en las madrugadas de una mujer como tú, y yo que creyó que tenía que estar “completa” para ser usada por Dios, hasta que descubrió la verdad más liberadora del universo: Es precisamente en nuestro quebrantamiento donde Dios hace su obra más hermosa.

Aquí no encontrarás fórmulas mágicas ni promesas de éxito instantáneo. Encontrarás algo mucho más poderoso: la historia real de cómo el Espíritu Santo transforma lo ordinario en extraordinario, cómo convierte las lágrimas de medianoche en cantos de esperanza, y cómo utiliza nuestras imperfecciones como el lienzo perfecto para pintar Su gloria.

Elena, la protagonista de estas páginas, podría ser tu nombre. Su historia podría ser la tuya. Sus luchas, sus victorias, sus momentos de duda y sus encuentros divinos son el reflejo de miles de mujeres que han descubierto que no necesitan esperar a estar “listas” para responder al llamado del Cielo.

Si alguna vez has suspirado mirando por la ventana preguntándote: “¿Señor, realmente me puedes usar así como estoy?”, este libro es tu respuesta. Si has sentido que tus sueños se han hecho pedazos pero algo en tu espíritu sigue creyendo que hay más, estas páginas son para ti. Si anhelas una conexión real con el Espíritu Santo que se traduzca en transformación práctica en tu matrimonio, tu trabajo, tu familia y tu propósito, has encontrado tu compañía perfecta.

Prepárate para un viaje donde lo sobrenatural se encuentra con lo cotidiano, donde las oraciones se convierten en estrategias de vida, y donde descubrirás que el Dios del universo no solo conoce tu nombre, sino que ha estado escribiendo tu historia de restauración desde antes de que nacieras.

Aun rota, Él te está llamando. Y esta es tu invitación a responder.

CAPITULO 1
EL SUSURRO DEL ALBA
LA ESPERA EN EL SILENCIO

CAPITULO 1
EL SUSURRO DEL ALBA
LA ESPERA EN EL SILENCIO



El reloj marcaba las 3:33 de la madrugada cuando Elena despertó nuevamente. No era la primera vez que esto ocurría; durante las últimas semanas, esa hora precisa la encontraba con los ojos abiertos, mirando hacia el techo de su habitación mientras su esposo dormía profundamente a su lado. El aire acondicionado emitía su zumbido constante, pero el silencio de la casa parecía gritar más fuerte que cualquier ruido.

Se incorporó lentamente, cuidando de no despertar a Miguel. Sus pies descalzos tocaron el frío piso de cerámica, y una sensación familiar la invadió: esa mezcla de ansiedad y expectativa que había aprendido a reconocer como la antesala de algo importante. “**Señor, ¿qué quieres decirme?**”, susurró al aire, mientras se dirigía hacia la ventana.

La ciudad dormía bajo un manto de luces dispersas. Desde el séptimo piso de su apartamento, Elena podía ver las calles vacías, los semáforos cambiando de color sin propósito aparente, y esa sensación de vacío que solo las madrugadas pueden ofrecer. Pero esta vez era diferente. Esta vez sentía que alguien más estaba despierto con ella.

EL PESO DE LOS SUEÑOS APLAZADOS



Elena cerró los ojos y dejó que los recuerdos fluyeran como un río desbordado. Hace cinco años, cuando se casó con Miguel, tenía planes claros: establecer su propia empresa de consultoría, ayudar a pequeños emprendedores a materializar sus sueños, y formar una familia que fuera testimonio del amor de Dios. Ahora, a los treinta y dos años, se encontraba trabajando en una oficina gris, resolviendo problemas de otros, mientras sus propios sueños parecían desvanecerse como el humo.

“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis”(Jeremías 29:11). Esas palabras había sido su ancla durante años, pero últimamente se sentían como una promesa lejana, casi inaccesible.

Miguel roncó suavemente, y Elena sintió una punzada en el corazón. Su matrimonio, que comenzó como una sinfonía de risas y complicidad, ahora parecía una canción en modo menor. No era que no se amaran; era que habían olvidado cómo amarse. Las conversaciones se habían reducido a logística doméstica: quién recogería la ropa de la lavandería, qué cenarían el viernes, cuándo visitarían a la madre de Miguel.

LA LLAMADA SILENCIOSA

Mientras observaba por la ventana, Elena recordó las palabras que leyó esa mañana en su devocional: **“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”** (Juan 1:1). Siempre había encontrado consuelo en ese versículo, en la idea de que las palabras tenían poder creativo, que Dios había hablado el universo a la existencia. Pero esa noche, se preguntaba qué palabras podría pronunciar ella para cambiar su realidad.



De repente, un movimiento en la calle llamó su atención. Una figura solitaria caminaba bajo la luz de las farolas. Desde esa distancia, no podía distinguir si era hombre o mujer, joven o mayor, pero algo en esa silueta le resultaba familiar. La persona se detuvo justo bajo su ventana y alzó la mirada hacia ella.

Elena sintió que el corazón se le aceleraba. Era imposible que esa persona pudiera verla desde esa distancia, en la oscuridad de su habitación, pero de alguna manera sabía que sus ojos se habían encontrado. La figura levantó una mano en lo que parecía un saludo, y Elena, sin pensarlo, respondió de la misma manera.

EL ENCUENTRO

“Elena.”

La voz era suave pero inconfundible. Elena se volteó, esperando ver a Miguel despierto, pero él seguía durmiendo. La habitación estaba vacía, pero la presencia era tangible.



“Elena, hija mía.”

Esta vez no había duda. La voz venía de todas partes y de ninguna a la vez. Elena sintió que las piernas le temblaban, pero no de miedo, sino de reconocimiento. Era como escuchar una canción olvidada de la infancia que de repente regresa con toda su fuerza emotiva.

“Señor, ¿eres tú?” susurró, sin atreverse a alzar más la voz.

La habitación se llenó de una luz suave, dorada, que no provenía de ninguna fuente visible. Elena se encontró de pie en el mismo lugar, pero ya no estaba en su apartamento. Estaba en un jardín extraordinario, donde cada flor parecía cantar y cada árbol danzaba con una brisa que olía a esperanza.



LA VISIÓN DEL CORAZÓN

Frente a ella, sentado en una roca que parecía hecha de cristal líquido, estaba un hombre de apariencia común pero de presencia extraordinaria. Sus ojos eran como pozos profundos de comprensión, y su sonrisa contenía todas las alegrías del mundo y también todas sus lágrimas.

“Elena,” dijo Jesús, porque ella supo inmediatamente quién era, aunque su apariencia no correspondiera con ninguna imagen que hubiera visto en iglesias o libros. “Has estado esperando respuestas.”

“Señor, estoy tan confundida,” Elena sintió que las lágrimas comenzaban a brotar. “No entiendo por qué nada sale como lo planeé. Tengo tantos sueños, tantas ganas de servir, de crear algo hermoso en este mundo, pero cada puerta parece cerrarse antes de que pueda abrirla completamente.”

Jesús se acercó a ella, y Elena pudo sentir el calor de su presencia. “Cuéntame sobre tu dolor, hija.”

Y Elena habló. Le contó sobre las noches en vela planeando su empresa, sobre las propuestas rechazadas, sobre los ahorros que se agotaban mientras esperaba la oportunidad perfecta. Le habló de Miguel, de cómo habían perdido la capacidad de soñar juntos, de cómo las responsabilidades habían apagado la chispa de su romance. Le confesó sus miedos de no ser suficiente, de haber malinterpretado su llamado, de estar perdiendo el tiempo en una vida que no se sentía suya.

EL ESPEJO DEL ALMA



“Elena,” dijo Jesús cuando ella terminó, “¿quién crees que eres sin mí?”

La pregunta la golpeó como una ola inesperada. Elena se vio a sí misma en lo que parecía un espejo invisible: una mujer de casi cuarenta años, profesional exitosa en apariencia, pero internamente fragmentada. Vio a la Elena que se despertaba cada mañana con una sonrisa forzada, que fingía entusiasmo en reuniones interminables, que había aprendido a conformarse con menos de lo que su corazón anhelaba.

Vio a la Elena que había comenzado a dudar de sus dones, que se comparaba constantemente con otras mujeres que parecían tener todo resuelto. Vio a la mujer que había permitido que el miedo al fracaso la paralizara más que cualquier obstáculo real.

“Veo a alguien perdida,” murmuró Elena. “Alguien que ha olvidado quién es.”

LA REVELACIÓN DEL PROPÓSITO

“Ahora,” dijo Jesús, extendiendo su mano hacia ella, “mírate como yo te veo.”



El espejo cambió, y Elena vio una versión diferente de sí misma. Esta Elena irradiaba una luz suave pero poderosa. Sus ojos brillaban con propósito, sus manos se movían con la confianza de quien sabe que está exactamente donde debe estar. Vio a una mujer que tocaba vidas, que transformaba ideas en realidades, que amaba con libertad y era amada de la misma manera.

“Esta es la Elena que diseñé desde antes de la fundación del mundo,” dijo Jesús. “Los sueños que has albergado no son casuales. Cada idea, cada visión de ayudar a otros, cada anhelo de crear algo hermoso: todo eso es mi corazón latiendo en el tuyo.”

Elena sintió como si una compuerta se hubiera abierto en su pecho. “Pero, Señor, he fallado tantas veces. He cometido errores, he dudado, he perdido la fe...”

“*Como está escrito: No hay justo, ni aun uno*” (Romanos 3:10), dijo Jesús con una sonrisa que contenía todo el perdón del mundo. “Elena, tus fallas no definen tu destino. Tu respuesta a mi gracia sí.”

CAPITULO 2

LA RESTAURACIÓN DEL AMOR

CAPITULO 2

LA RESTAURACIÓN DEL AMOR



“¿Y Miguel?” preguntó Elena, sintiendo que las lágrimas caían libremente ahora. “¿Cómo puedo amar a alguien que parece un extraño en mi propia casa?”

Jesús señaló hacia un lugar en el jardín donde dos árboles crecían lado a lado, sus ramas entrelazadas de tal manera que era imposible distinguir dónde terminaba uno y comenzaba el otro.

“El amor verdadero no es un sentimiento que viene y va como las mareas,” explicó. “Es una decisión que se toma cada día, cada momento. Miguel también está perdido, Elena. También está buscando su propósito, luchando con sus propios miedos y decepciones. Cuando comenzaste a verlo como un obstáculo en lugar de como un compañero de viaje, ambos se perdieron.”

Elena recordó los primeros días de su relación con Miguel, cuando hablaban durante horas sobre sus sueños, cuando oraban juntos cada noche, cuando cada día era una nueva aventura por descubrir. ¿Cuándo había dejado de ver esa chispa en sus ojos?

“Dale el regalo de verte como realmente eres,” continuó Jesús. “Cuando vives desde tu verdadera identidad, le das permiso a él de hacer lo mismo.”

LA PROMESA DE LA MADRUGADA



“Elena,” dijo Jesús, poniéndose de pie, “¿estás lista para confiar en mi tiempo?”

“Señor, he esperado tanto tiempo...”

“Los tiempos de espera no son tiempos perdidos. Son tiempos de preparación. Cada ‘no’ que has recibido te ha acercado al ‘sí’ que cambiará todo. Cada desafío en tu matrimonio ha sido una oportunidad para aprender a amar más profundamente. Cada momento de duda ha sido una invitación a conocerme más íntimamente.”

El jardín comenzó a desvanecerse lentamente, pero la presencia de Jesús permanecía fuerte. “Te doy una promesa, Elena: antes de que termine este año, verás el primer fruto de lo que hemos plantado juntos. Pero primero, tienes una tarea.”

“¿Cuál, Señor?”

“Despierta a Miguel. Cuéntale sobre este encuentro. Oren juntos como no lo han hecho en años. Permíteme ser el centro de su matrimonio nuevamente, y verás cómo todo lo demás comienza a alinearse.”

EL REGRESO A LA REALIDAD



Elena parpadeó y se encontró de pie junto a la ventana de su habitación. El reloj marcaba las 4:44 AM. La ciudad seguía durmiendo, pero ella se sentía como si hubiera estado ausente por horas. Su rostro estaba húmedo por las lágrimas, pero su corazón se sentía extrañamente liviano.

Se acercó a la cama y observó a Miguel. Por primera vez en meses, realmente lo miró. Vio las líneas de cansancio alrededor de sus ojos, la manera en que sus hombros mantenían tensión incluso en el sueño. Vio al hombre que había elegido amar, no a la versión idealizada que existía en su memoria, sino al ser humano real que luchaba con sus propias batallas silenciosas.

“Miguel,” susurró suavemente, tocando su hombro.

Él abrió los ojos lentamente, desorientado. “¿Elena? ¿Qué pasa? ¿Estás bien?”

“Necesito contarte algo,” dijo ella, sintiendo que las palabras venían de un lugar más profundo que su mente. “Acabo de tener el encuentro más extraordinario...”

LA CONFESIÓN MATRIMONIAL



Miguel se incorporó, inmediatamente alerta al tono en la voz de su esposa. Elena se sentó en el borde de la cama y comenzó a relatar su experiencia, palabra por palabra. Habló del jardín, de la presencia de Jesús, de las revelaciones sobre su propósito y su matrimonio.

Al principio, Miguel la miró con una mezcla de preocupación y escepticismo. Pero a medida que Elena continuaba, algo cambió en su expresión. Tal vez fue la pasión en su voz, o la claridad en sus ojos, o simplemente el Espíritu Santo obrando en la habitación, pero Miguel comenzó a escuchar con el corazón abierto.

“Elena,” dijo cuando ella terminó, “yo también he estado sintiendo que algo necesitaba cambiar entre nosotros. He estado orando, pidiendo sabiduría, pero no sabía cómo empezar esa conversación.”

Ella tomó sus manos. “Miguel, ¿me perdonas por haberte visto como un obstáculo en lugar de como mi compañero? ¿Por haber perdido de vista lo que realmente importa?”

“Solo si tú me perdonas por haber dejado de soñar contigo,” respondió él, con los ojos humedecidos. “Por haber permitido que las presiones de la vida apagarán nuestra llama.”

LA ORACIÓN DE RESTAURACIÓN



Se arrodillaron juntos al lado de la cama, como no lo habían hecho en más de un año. Miguel tomó la iniciativa, orando con una vulnerabilidad que Elena no había escuchado desde los primeros días de su matrimonio.

“Señor Jesús,” comenzó Miguel, “te pedimos perdón por haberte dejado fuera de nuestro matrimonio. Por haber tratado de construir nuestra vida juntos sin ti como fundamento. Restaura lo que hemos perdido. Renueva nuestro amor, nuestros sueños, nuestro propósito compartido.”

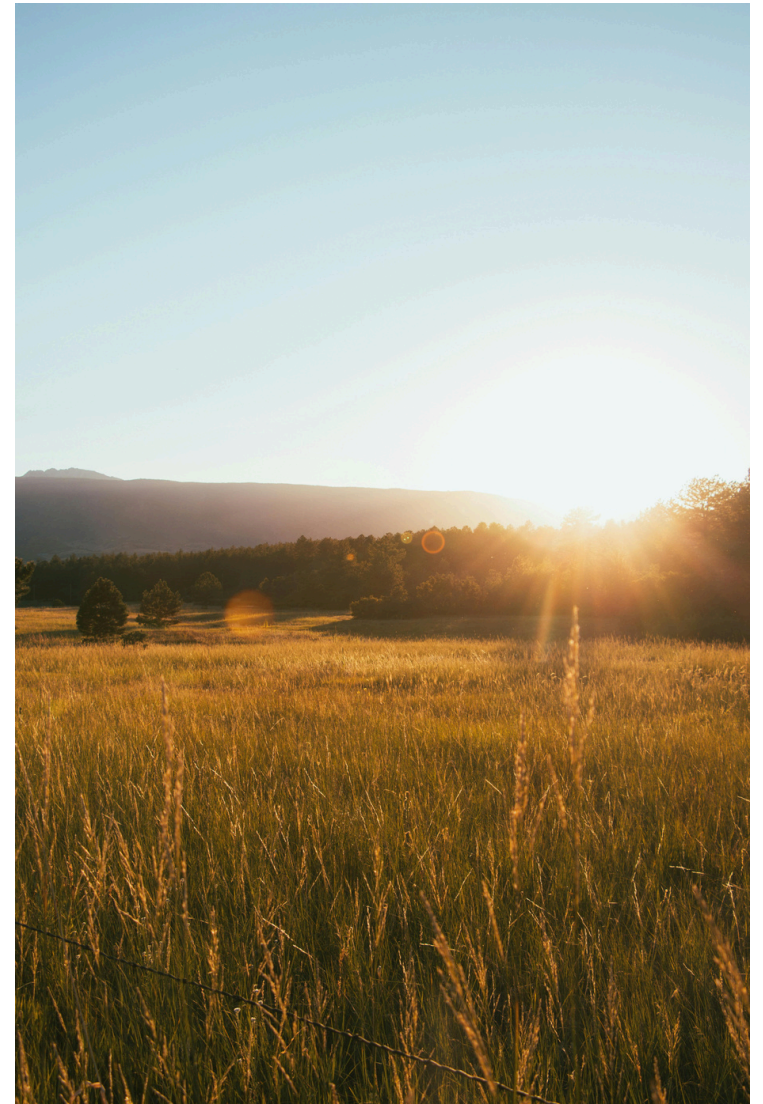
Elena continuó, “Señor, gracias por este encuentro esta noche. Gracias por recordarme quién soy en ti. Te entrego mis sueños, mis planes, mi empresa, todo. Que sea hecho según tu voluntad y en tu tiempo perfecto.”

Mientras oraban, la habitación se llenó de esa misma presencia que Elena había experimentado en la visión. Miguel la sintió también; sus oraciones se volvieron más fervorosas, más íntimas, más reales.

EL DESPERTAR DEL PROPÓSITO

Cuando terminaron de orar, ya eran las 6:00 AM. La primera luz del amanecer comenzaba a filtrarse por las cortinas, pintando la habitación con tonos dorados que le recordaron a Elena el jardín de su visión.

“Elena,” dijo Miguel, “quiero apoyarte en tu empresa. Quiero que sigamos ese sueño juntos. He estado ahorrando en secreto porque sabía que era importante para ti, pero tenía miedo de que fracasáramos.”



Elena lo miró con asombro. “¿Has estado ahorrando?”

“Tengo suficiente para que puedas dejar tu trabajo y dedicarte completamente a tu consultoría por al menos seis meses. Más si vivimos con más sencillez.”

Las lágrimas volvieron a brotar, pero esta vez eran lágrimas de gratitud. Elena vio la mano de Dios orquestando cada detalle, preparando el camino incluso cuando ella no podía verlo.

La Primera Decisión

“Hay algo más,” dijo Elena, sintiendo una claridad que no había experimentado en años. “En mi visión, Jesús me mostró que mi empresa no es solo sobre consultoría de negocios. Es sobre restauración de sueños. Quiero ayudar a personas que, como yo, han perdido la esperanza en sus visiones. Quiero ser un puente entre sus anhelos y su propósito divino.”

Miguel sonrió, y por primera vez en meses, Elena vio en sus ojos la misma chispa que la había enamorado años atrás.

“Entonces hagámoslo,” dijo él. “Pero esta vez, con Dios en el centro.”

Elena se acercó a su escritorio y sacó una libreta que había comprado meses atrás pero que había permanecido en blanco. En la primera página escribió: “*Restauradora de Sueños - En el principio era el Verbo*” y debajo, la fecha: el día que cambió todo.



La Confirmación Divina

Mientras desayunaban juntos, algo que no habían hecho un día laboral en más de seis meses, Elena sintió la necesidad de revisar su teléfono.

Tenía un mensaje de un número desconocido, recibido exactamente a las 3:33 AM.



“Elena, soy Carmen Rodríguez. Conseguí tu número a través de un contacto mutuo. Tengo una pequeña empresa que necesita consultoría urgente. ¿Podríamos reunirnos esta semana? Algo me dice que tú eres exactamente lo que necesito.”

Elena mostró el mensaje a Miguel, y ambos se miraron con asombro. No era coincidencia; era confirmación.

“El corazón del hombre piensa su camino; mas Jehová endereza sus pasos” (Proverbios 16:9), murmuró Elena, recordando otro versículo que había marcado en su Biblia años atrás.



La Despedida y el Nuevo Comienzo

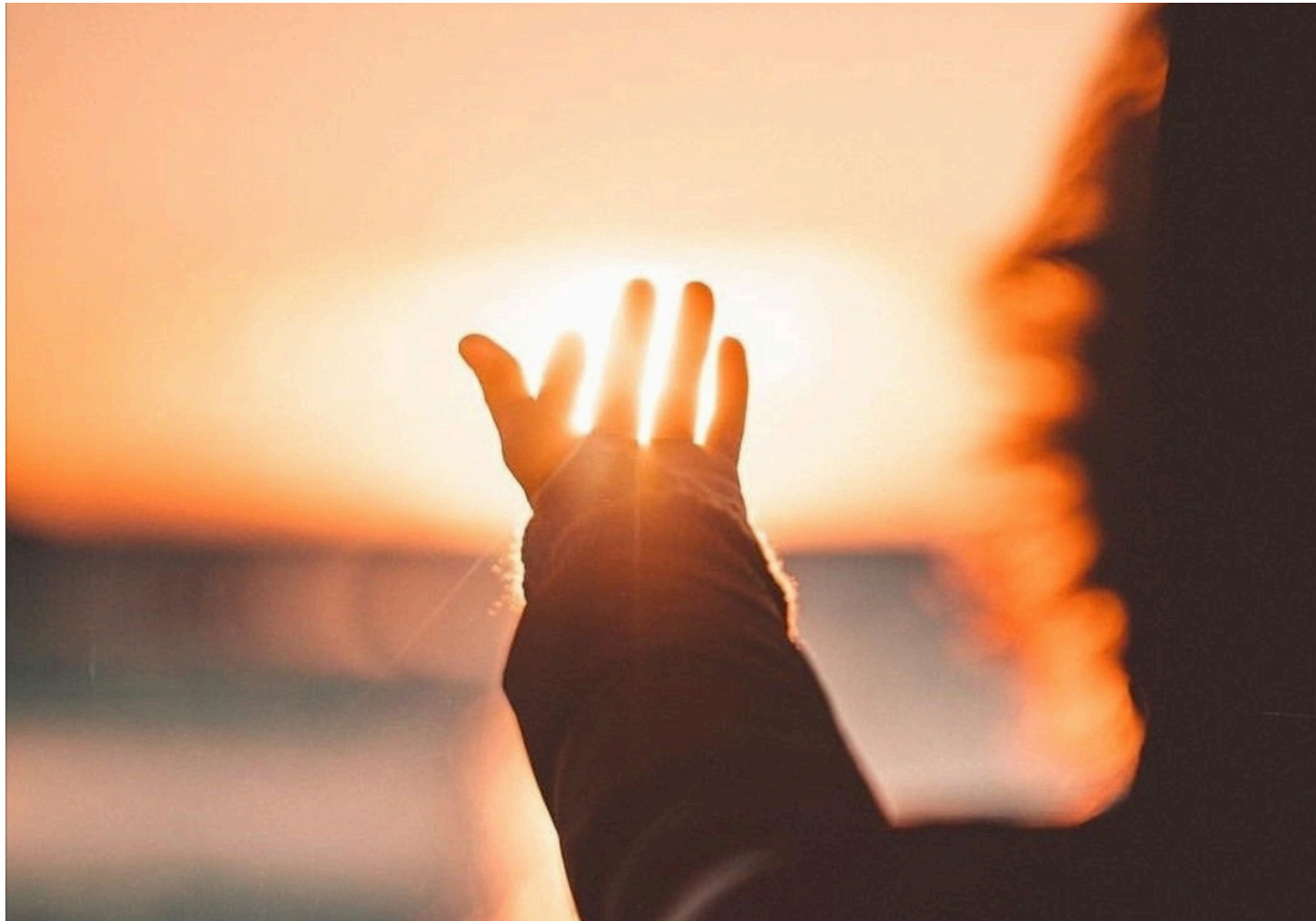
Cuando Miguel se fue al trabajo esa mañana, lo hizo con un beso que supo a promesa renovada. Elena se quedó en el apartamento, pero por primera vez en meses, no se sintió sola. La presencia que había experimentado en la madrugada permanecía con ella, suave pero constante.

Se acercó nuevamente a la ventana donde todo había comenzado. La ciudad ahora bullía de actividad matutina, pero Elena ya no veía caos, sino oportunidades. Ya no veía obstáculos, sino puertas esperando ser abiertas.

Abrió su libreta y comenzó a escribir, no un plan de negocios tradicional, sino una declaración de fe:

“*Restauradora de Sueños nace de un encuentro divino, de la comprensión de que cada persona lleva dentro de sí semillas de grandeza plantadas por el Creador. Nuestra misión no es solo consultar; es discipular emprendedores hacia su propósito divino. Creemos que cada negocio puede ser un ministerio, cada emprendimiento una oportunidad de reflejar el carácter de Dios en la tierra.*”

El Cierre del Primer Día



Esa tarde, Elena llamó a su jefe y solicitó una reunión para el día siguiente. Ya sabía lo que le diría: después de cinco años de servicio fiel, estaba lista para seguir el llamado que había estado susurrándole al corazón durante tanto tiempo.

Cuando Miguel regresó del trabajo, encontró a Elena cocinando su platillo favorito. La mesa estaba puesta con las velas que habían guardado para “ocasiones especiales”, y se podía sentir una energía diferente en el ambiente.

“¿Qué celebramos?” preguntó Miguel, abrazándola por la espalda mientras ella revolvía la salsa.

“Celebramos que ya no estamos esperando que la vida comience,” respondió Elena, girándose en sus brazos. “Celebramos que hoy decidimos vivir el propósito para el cual fuimos creados.”

Esa noche, después de cenar y conversar como no lo habían hecho en años, Elena y Miguel se acostaron temprano. Pero Elena no pudo dormir inmediatamente. Se quedó despierta, no por ansiedad esta vez, sino por expectativa.

Miró el reloj: 11:11 PM. Sonrió recordando que alguien le había dicho una vez que esa hora era para pedir deseos. Pero Elena ya no necesitaba pedir deseos; había recibido algo mucho mejor: una promesa divina y la fe para caminar en ella.

“Gracias, Señor,” susurró al aire, sintiendo que su oración era escuchada por Aquel que nunca duerme ni se cansa. “Por las madrugadas de revelación, por los matrimonios restaurados, por los sueños que renacen. Que mañana sea el primer día del resto de mi propósito.”

Y por primera vez en meses, Elena durmió profundamente, soñando con jardines donde las palabras tenían poder creativo y donde cada amanecer traía consigo nuevas oportunidades de reflejar el amor de Dios en la tierra.

La mujer que se despertaría a la mañana siguiente ya no sería la misma que había mirado por la ventana en las primeras horas de ese día. Esta Elena conocía su identidad, entendía su propósito y había decidido caminar en fe hacia el futuro que Dios había preparado para ella desde antes de la fundación del mundo.

“Gracias, Señor,” susurró al aire, sintiendo que su oración era escuchada por Aquel que nunca duerme ni se cansa. “Por las madrugadas de revelación, por los matrimonios restaurados, por los sueños que renacen. Que mañana sea el primer día del resto de mi propósito.”

Y por primera vez en meses, Elena durmió profundamente, soñando con jardines donde las palabras tenían poder creativo y donde cada amanecer traía consigo nuevas oportunidades de reflejar el amor de Dios en la tierra.

La mujer que se despertaría a la mañana siguiente ya no sería la misma que había mirado por la ventana en las primeras horas de ese día. Esta Elena conocía su identidad, entendía su propósito y había decidido caminar en fe hacia el futuro que Dios había preparado para ella desde antes de la fundación del mundo.

CAPITULO 3

LA QUIETUD DE LO
ORDINARIO

CAPITULO 3

LA QUIETUD DE LO ORDINARIO



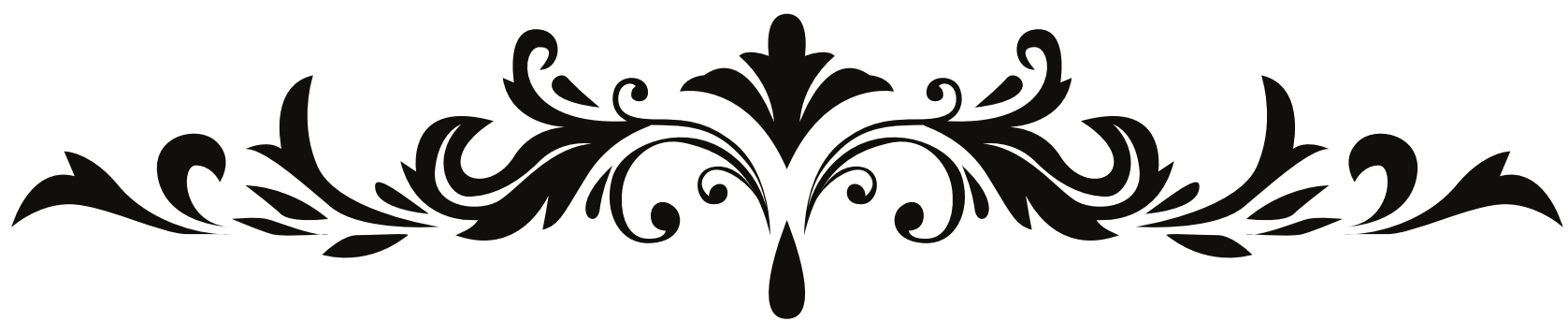
Tres meses habían pasado desde aquella noche que cambió todo. Elena había aprendido que los encuentros sobrenaturales, por poderosos que sean, deben traducirse en disciplinas cotidianas para generar transformación duradera. Su despertador ya no era necesario; su cuerpo había desarrollado un reloj interno que la despertaba cada día a las 5:30 AM, no por obligación, sino por anhelo.

La casa permanecía en silencio mientras ella se deslizaba fuera de la cama, cuidando de no despertar a Miguel. Sus pantuflas la guiaron hacia la pequeña mesa que había convertido en su altar personal: una Biblia desgastada, un cuaderno de oración, una taza de café que se había vuelto parte del ritual, y una vela cuya llama danzante parecía recordarle que la luz siempre encuentra la manera de penetrar la oscuridad.

“Buenos días, Espíritu Santo,” susurraba cada mañana, y esas palabras habían dejado de sonar extrañas para convertirse en el saludo más natural del mundo. “Aquí estoy, rota pero disponible. Llámame como solo tú sabes hacerlo.”

Elena había comenzado a entender que la conexión con el Espíritu Santo no era un misterio impenetrable, sino una realidad que operaba con principios tan precisos como las leyes de la física. Había leído sobre la neuroplasticidad, sobre cómo el cerebro se reconfigura cuando establecemos nuevos hábitos, y había encontrado fascinante descubrir que la ciencia respaldaba lo que su corazón ya sabía: la repetición consciente de actos de fe literalmente transformaba su mente.

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26). Cada mañana leía este versículo y se maravillaba de cómo, efectivamente, el Espíritu Santo le recordaba verdades en los momentos exactos que las necesitaba.



Su tiempo de oración había evolucionado. Ya no era una lista de peticiones desesperadas, sino una conversación fluida con Alguien que conocía sus pensamientos antes de que los formulara. Había aprendido a hacer preguntas específicas y a esperar respuestas igual de específicas.

“Espíritu Santo, ¿cómo puedo amar mejor a Miguel hoy?” Era una pregunta que hacía cada mañana, y las respuestas llegaban de formas inesperadas: a veces era la compra de su café favorito, otras veces era simplemente escuchar sin intentar resolver sus problemas, y en ocasiones era darle espacio para procesar sus propias emociones sin tomarlo personal.

LA PRODUCTIVIDAD UNGIDA



“*Todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres*” (Colosenses 3:23). Elena había enmarcado este versículo en su oficina improvisada, un rincón del apartamento que había transformado en el cuartel general de “Restauradora de Sueños”. Pero la productividad que había descubierto no tenía nada que ver con técnicas de gestión del tiempo o aplicaciones de organización.

La verdadera productividad, había aprendido, comenzaba con la rendición. Cada proyecto, cada cliente, cada decisión empresarial la ponía primero en oración. No oraciones largas y elaboradas, sino conversaciones breves y directas: “Señor, ¿es este el cliente correcto para mí? ¿Qué propuesta debo presentar? ¿Cuál es el precio justo que honre mi trabajo pero no explote su necesidad?”

Las respuestas llegaban de maneras que desafiaban la lógica empresarial tradicional. A veces sentía una paz profunda sobre una decisión que en papel parecía arriesgada. Otras veces, una inquietud inexplicable la alejaba de oportunidades que parecían perfectas. Y cada vez que seguía esa guía interna, los resultados la sorprendían.

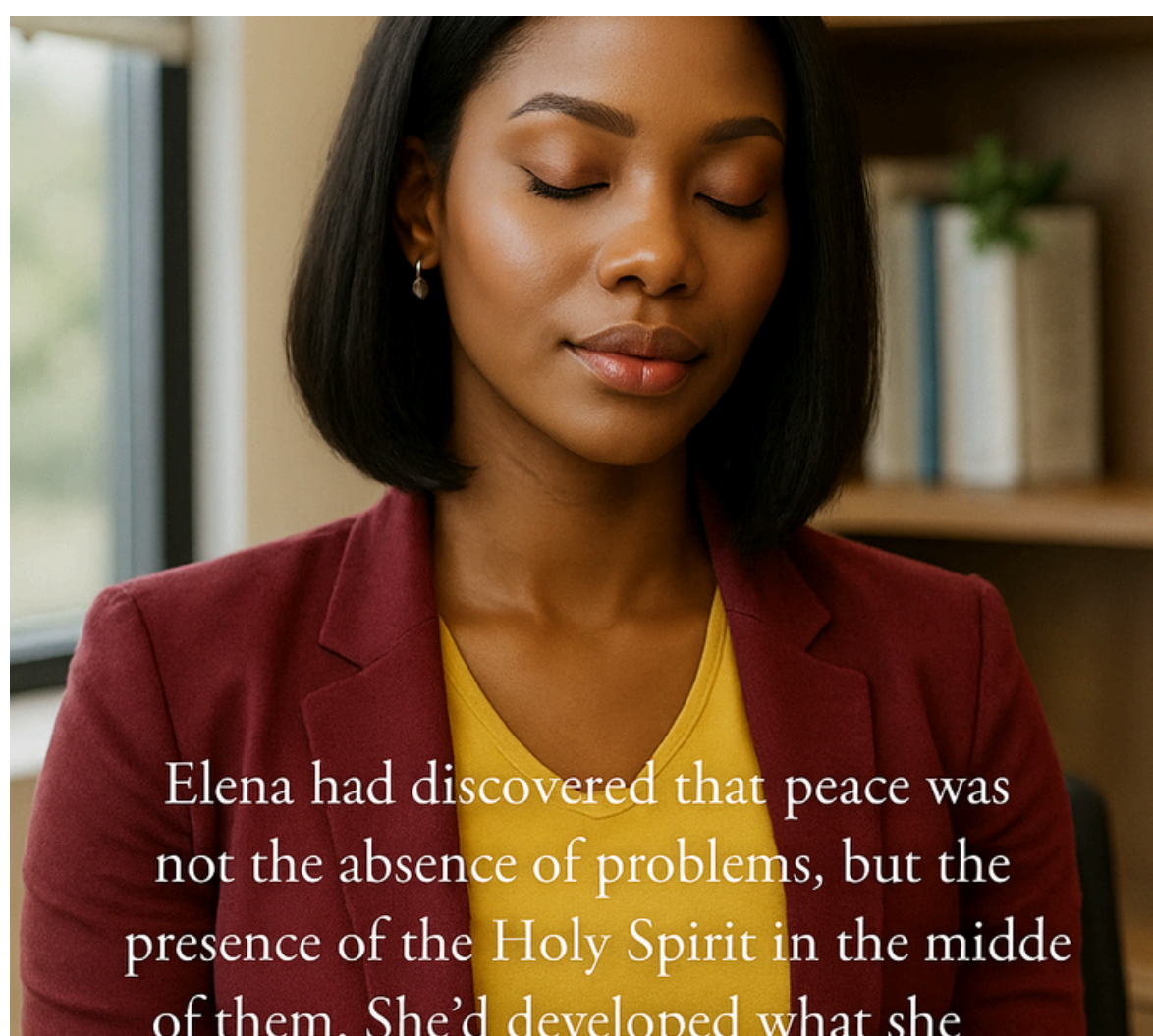
Carmen Rodríguez, su primera cliente, se había convertido en su mejor referencia. Su pequeña pastelería no solo había triplicado sus ventas en dos meses, sino que se había transformado en un punto de encuentro comunitario donde Carmen compartía su fe a través de la excelencia de su trabajo.

“Elena,” le había dicho Carmen durante su última reunión, “tú no solo me ayudaste con mi negocio. Me ayudaste a encontrar mi ministerio.”

LA PAZ EN EL CAOS FAMILIAR

El verdadero desafío no era mantener la paz en momentos de oración silenciosa, sino preservarla cuando Miguel llegaba estresado del trabajo, cuando las facturas se acumulaban, cuando los clientes tardaban en pagar, o cuando su madre llamaba para quejarse de que no la visitaban suficiente.

Elena había descubierto que la paz no era la ausencia de problemas, sino la presencia del Espíritu Santo en medio de ellos. Había desarrollado lo que llamaba “pausas de recentramiento”: momentos de tres segundos donde respiraba profundo y susurraba: “Tú estás aquí conmigo.”



El martes anterior, Miguel había llegado furioso porque su jefe había rechazado su propuesta de mejora para el departamento. En lugar de tratar de arreglar su estado de ánimo o de absorber su frustración, Elena había hecho una de sus pausas de recentramiento y había elegido escuchar desde un lugar de paz.

“Cuéntame todo,” le había dicho, preparándole su té favorito y sentándose a su lado sin agenda de solución. Durante veinte minutos, Miguel había desahogado su frustración, y Elena había permanecido en silencio, orando internamente por él. Al final, Miguel había suspirado profundamente y había dicho: “Gracias por no tratar de arreglarme. Solo necesitaba que alguien me escuchara.”

EL ARTE DE PEDIR ESPECÍFICAMENTE

“Espíritu Santo,” oraba Elena esa mañana mientras observaba el amanecer desde su ventana, “necesito sabiduría para la presentación de hoy. Que las palabras que salgan de mi boca sean las que Andrés necesita escuchar. Que pueda ver no solo lo que su negocio necesita, sino lo que su corazón anhela.”



Había aprendido que el Espíritu Santo respondía a la especificidad. No bastaba con orar “ayúdame en mi trabajo”. Había que ser precisa: “Dame creatividad para este proyecto específico. Ayúdame a entender las necesidades reales de este cliente. Que mi propuesta refleje tu corazón para su negocio.”

Y las respuestas llegaban igual de específicas. Durante la preparación de la presentación, había sentido la inspiración de investigar la historia personal de Andrés. Había descubierto que había perdido 50 kilos después de un susto de salud, y que había abierto sus gimnasios con la visión de ayudar a otros a transformar sus vidas. Su propuesta de branding había incluido testimonios reales de transformación, no solo física sino emocional y espiritual.

“Elena,” le había dicho Andrés al final de la presentación, con los ojos húmedos, “tú entendiste algo que yo mismo no había verbalizado. Esto no es solo un negocio para mí. Es mi ministerio.”

Esa noche, mientras Elena y Miguel oraban juntos antes de dormir (otro hábito que había regresado naturalmente a sus vidas), Elena reflexionaba sobre la perfección imperfecta de su nueva realidad.

No era que ya no tuviera desafíos. Los tenía. No era que todo fuera fácil. No lo era. Pero había descubierto que cuando se conectaba diariamente con el Espíritu Santo, cuando llevaba cada detalle de su vida en oración, cuando buscaba su guía en lo grande y en lo pequeño, la vida se llenaba de una gracia que hacía todo más llevadero.



“Señor,” oró en silencio mientras Miguel terminaba de orar por sus familias, “gracias por llamarme aún rota. Gracias por no esperar a que fuera perfecta para usarme. Gracias por mostrarme que la conexión contigo no es un evento de una sola vez, sino una relación que se cultiva momento a momento.”

Miguel se durmió rápidamente, pero Elena se quedó despierta unos minutos más, sintiendo la presencia del Espíritu Santo como una manta de paz que cubría no solo su corazón, sino toda su casa.

Mañana sería otro día de oportunidades para caminar en comunión divina, para ser productiva desde un lugar de descanso, para amar desde la fuente inagotable del Espíritu Santo. Y aunque no podía ver todo lo que Dios tenía preparado para su futuro, sabía con certeza que Él estaba escribiendo una historia hermosa con los pedazos rotos de su vida anterior.

“*Aun rota, me estás llamando*,” susurró al aire, y sintió la sonrisa del cielo respondiendo a su declaración de fe.

El capítulo de ese día había terminado, pero la historia de una mujer que había aprendido a vivir en comunión constante con el Espíritu Santo apenas comenzaba a escribirse en la eternidad.



CAPITULO 4

**A LAS 3:00 A.M.:
CUANDO ÉL ME
LLAMÓ..**

CAPITULO 4

A LAS 3:00 A.M.: CUANDO ÉL ME LLAMÓ..



“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”

(Mateo 11:28)

Era exactamente las 3:00 a.m. cuando Elena, con el rostro hundido en la almohada húmeda por el llanto, sintió un estremecimiento profundo en su espíritu. La habitación seguía en silencio, pero en su alma, una voz dulce, firme y clara rompió la oscuridad:

“Aún rota, te estoy llamando”.

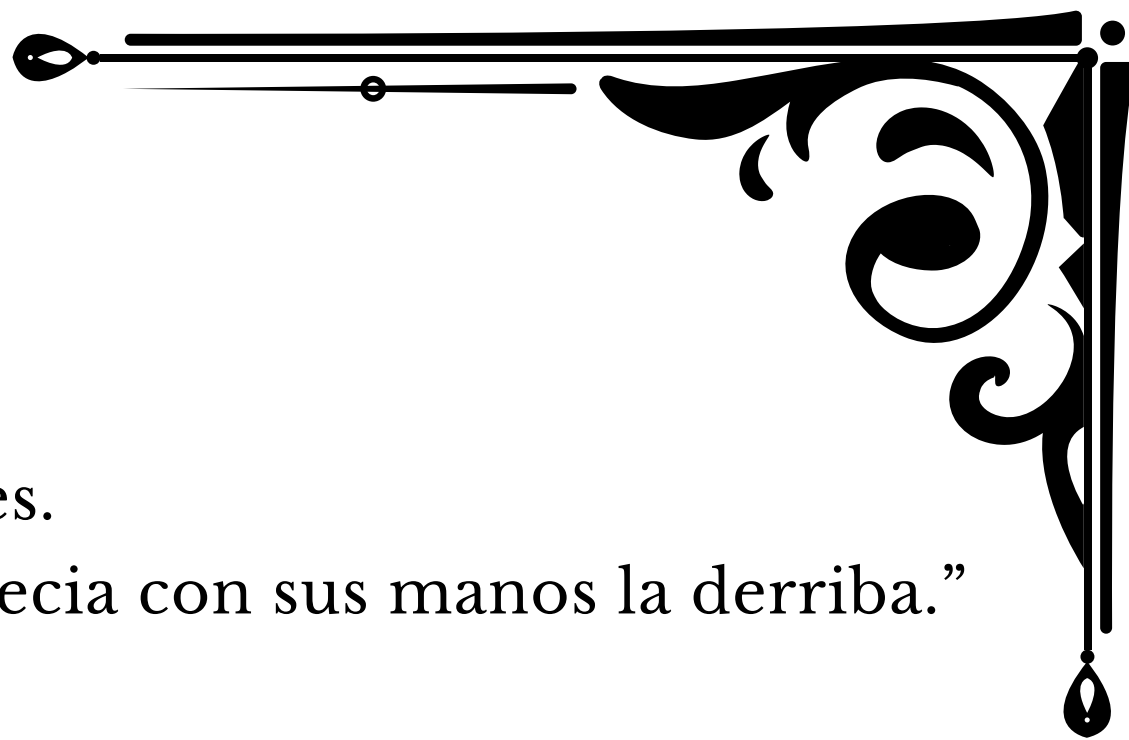
Desde niña, Elena había escuchado sobre Dios. Sabía orar, sabía cantar, sabía incluso qué versículo repetir para cada situación. Pero esa noche no fue teoría. Fue vida. Fue una llama invisible que le tocó el alma. Yashúa Hamashiaj, el Cristo vivo, la encontró rota... y no la juzgó. La abrazó.

Esa palabra se hizo carne dentro de ella. No fue un versículo bonito, fue el llamado más real que jamás había sentido. Llevaba años estancada en su matrimonio, dolida como madre, frustrada como profesional, confundida como hija, y aislada como amiga.

Pero ahí, en ese rincón de su habitación, todo cambió.

Las lágrimas ya no eran de desesperación. Eran de entrega.

A partir de esa madrugada, Elena empezó a reconstruirse. No sola, sino con la guía del Ruaj Kadoesh (Espíritu Santo).



Como esposa

Elena cambió sus reclamos por oraciones.

“La mujer sabia edifica su casa; mas la necia con sus manos la derriba.”

(Proverbios 14:1)

Bendecía a su esposo cada mañana, aunque su alma no sintiera deseos. Aprendió a amar en silencio, a orar en guerra espiritual mientras dormía a su lado. Puso sobre su esposo el nombre de Yashúa en oración cada noche. La paz regresó.



Como madre

Elena dejó de gritar. Comenzó a orar por cada uno de sus hijos nombrándolos uno por uno.

“Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.”

(Proverbios 22:6)

En lugar de corrección impulsiva, impartió dirección con ternura. Puso adoración en el hogar, y su casa se convirtió en un altar.

Como profesional

Decidió ayunar. Cerró contratos que no honraban sus principios. Le pidió al Espíritu estrategias celestiales.

“Encomienda al Señor tus obras, y tus pensamientos serán afirmados.”

(Proverbios 16:3)

Cada proyecto fue entregado en oración. Cada cliente, visto como un alma más a la cual servir. El trabajo dejó de ser rutina y se transformó en propósito.



Como hija

Restauró vínculos con perdón, aunque no escuchó disculpas. Honró a pesar del rechazo, amó sin condiciones.

“Honra a tu padre y a tu madre para que tus días se alarguen.”

(Éxodo 20:12)

Recordó que su obediencia no dependía del otro, sino del llamado divino que había recibido.

Como amiga

Discernió con sabiduría. Se alejó sin resentimiento de quienes ya no edificaban su fe. Se acercó a quienes necesitaban una palabra, un abrazo, un oído. Se volvió una consejera. Una voz en medio del caos.

“Vosotras sois la luz del mundo... No se enciende una luz y se pone debajo de un almud.”

(Mateo 5:14-15)

Un nuevo diario

Cada día, Elena escribía sus procesos en un diario. No como alguien que había vencido todo, sino como alguien que se rendía todos los días. Entre oraciones, ayunos, lágrimas y fe, su verdadera identidad fue revelada.

Ya no era solo una mujer rota. Era una enviada, restaurada, empoderada por el Espíritu del Dios vivo.

Elena hoy

Hoy, Elena ayuda a mujeres de todo el mundo. Comparte estrategias de sanidad interior, restauración familiar y emprendimiento con propósito. Su vida no es perfecta, pero es redimida. Su historia ya no la avergüenza. Su historia la envía.

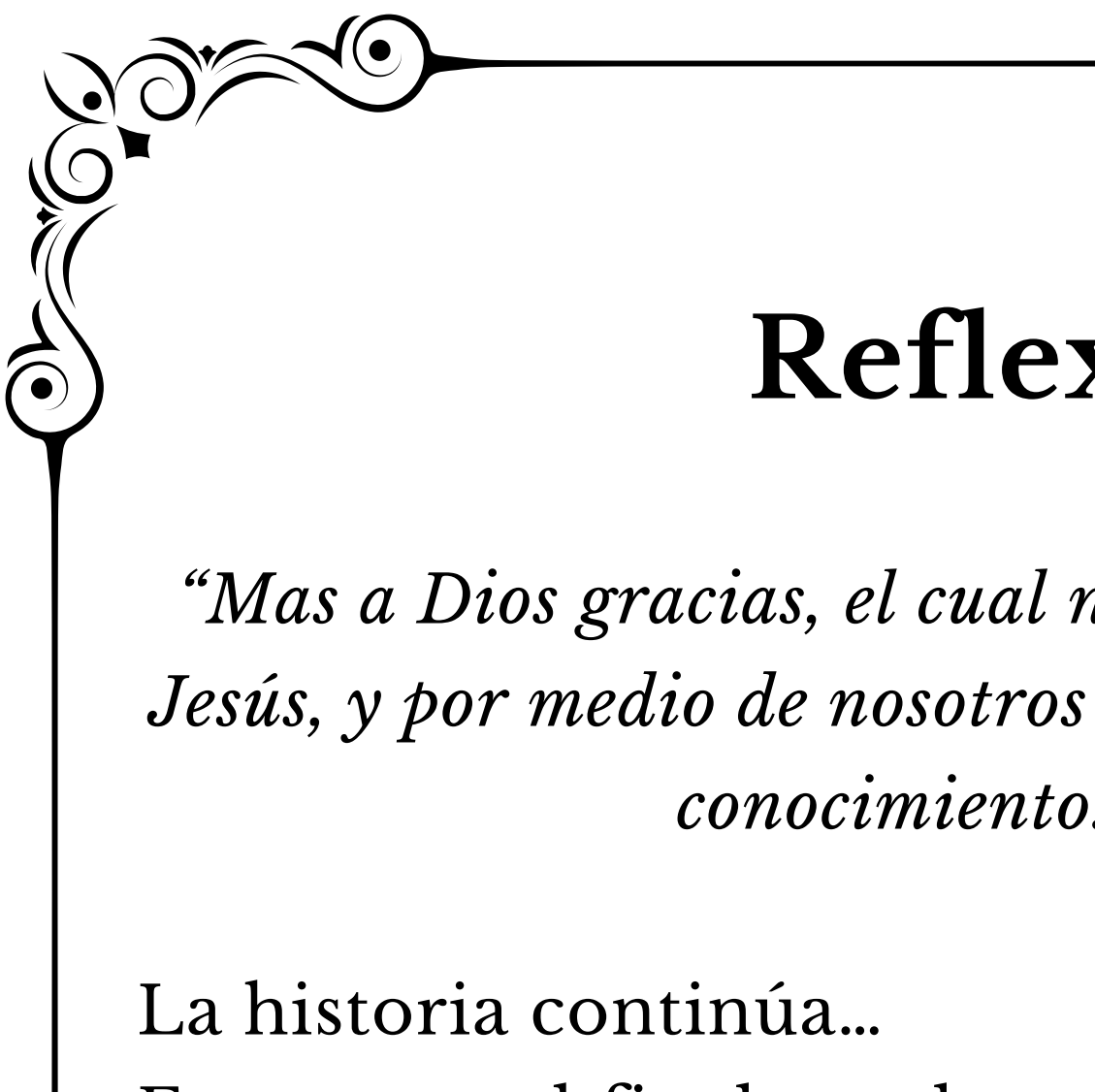
Y cada madrugada, cuando el reloj marca las 3:00 a.m., recuerda con reverencia: ese fue el punto de quiebre donde Yashúa le dijo:

“Yo estoy contigo. Nunca te dejé.”

“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice YHWH, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis.”

(Jeremías 29:11)





Reflexión Final

“Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento.”— 2 Corintios 2:14

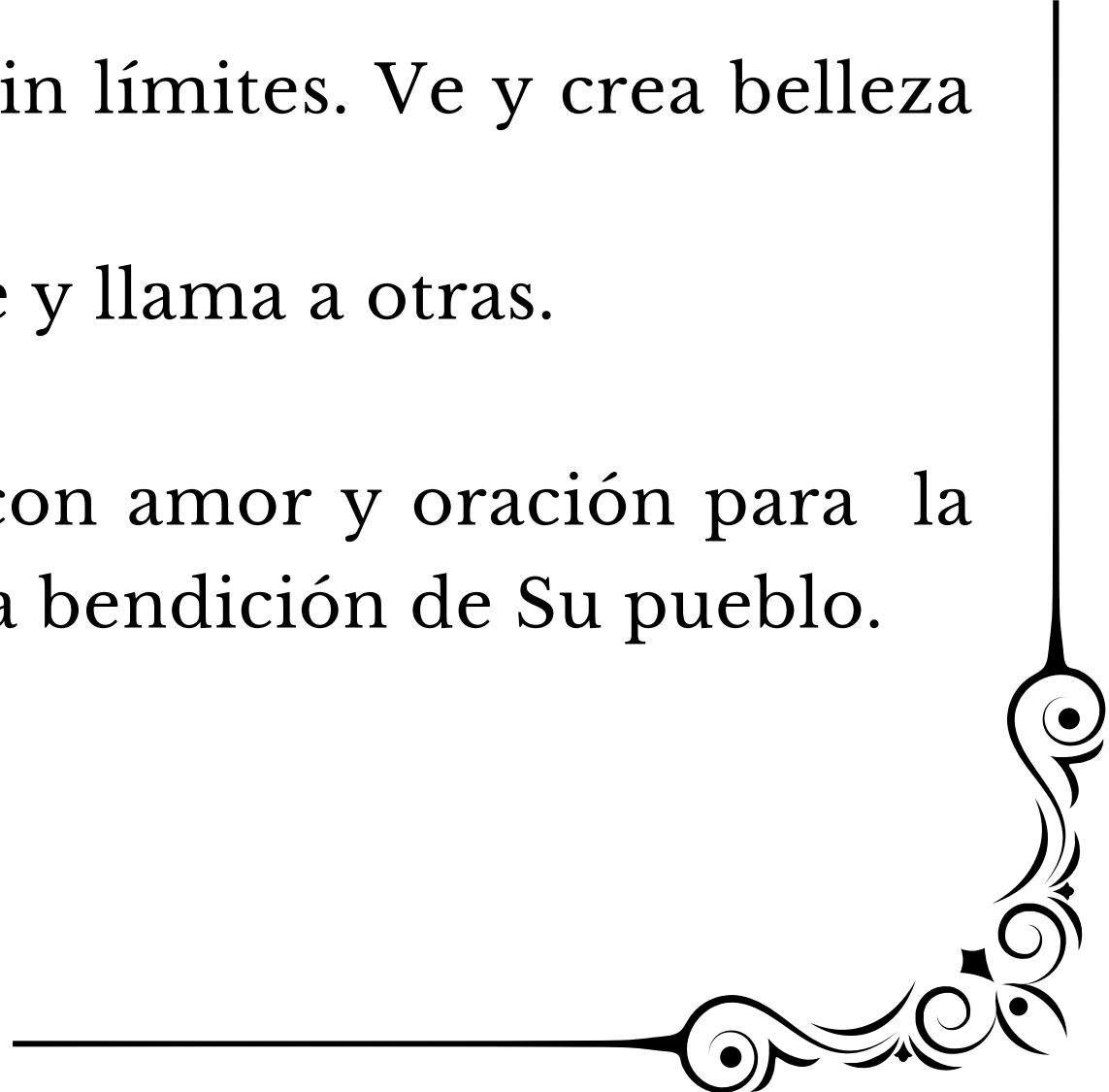
La historia continúa...

Este no es el final, es el comienzo. Cada página que has leído ha sido una semilla plantada en terreno fértil. Ahora viene la cosecha.

Ve y comparte tu luz. Ve y ama sin límites. Ve y crea belleza desde la sencillez.

Aun rota, fuiste llamada. Ahora ve y llama a otras.

Primera edición - 2025 Impreso con amor y oración para la gloria del Señor JESUCRISTO y la bendición de Su pueblo.



PÁGINAS FINALES

SOBRE LA AUTORA

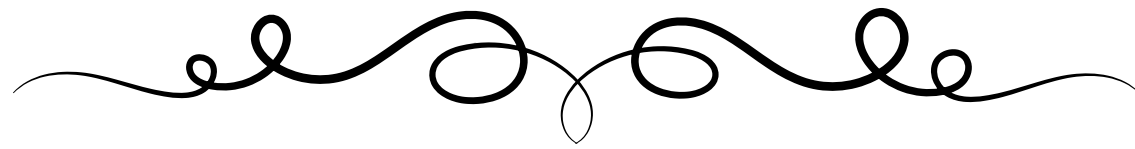
Xiomara Quiñónez V. es una mujer de fe, emprendedora y escritora cuya vida ha sido transformada por el poder del Espíritu Santo. Desde su hogar en Milagro, Ecuador, ha dedicado su vida a inspirar a otras mujeres a descubrir su propósito divino aun en medio del quebrantamiento.

Como Ingeniera Comercial, ha combinado su formación profesional con su pasión por ayudar a otros, convirtiéndose en una voz de esperanza para quienes buscan equilibrar la fe con la vida práctica. Su caminar espiritual la ha llevado a servir como Consejera Espiritual, acompañando a mujeres en sus procesos de sanidad y restauración.

Es fundadora y CEO de LA BELLEZA DE LO SIMPLE (www.labellezadelosimple.com), una plataforma digital donde comparte reflexiones, herramientas prácticas y testimonios que demuestran cómo Dios usa las cosas sencillas para hacer milagros extraordinarios.

Xiomara es miembro activo de la Misión Evangélica Manantiales de Aguas en Milagro, Ecuador,

Una Última Palabra

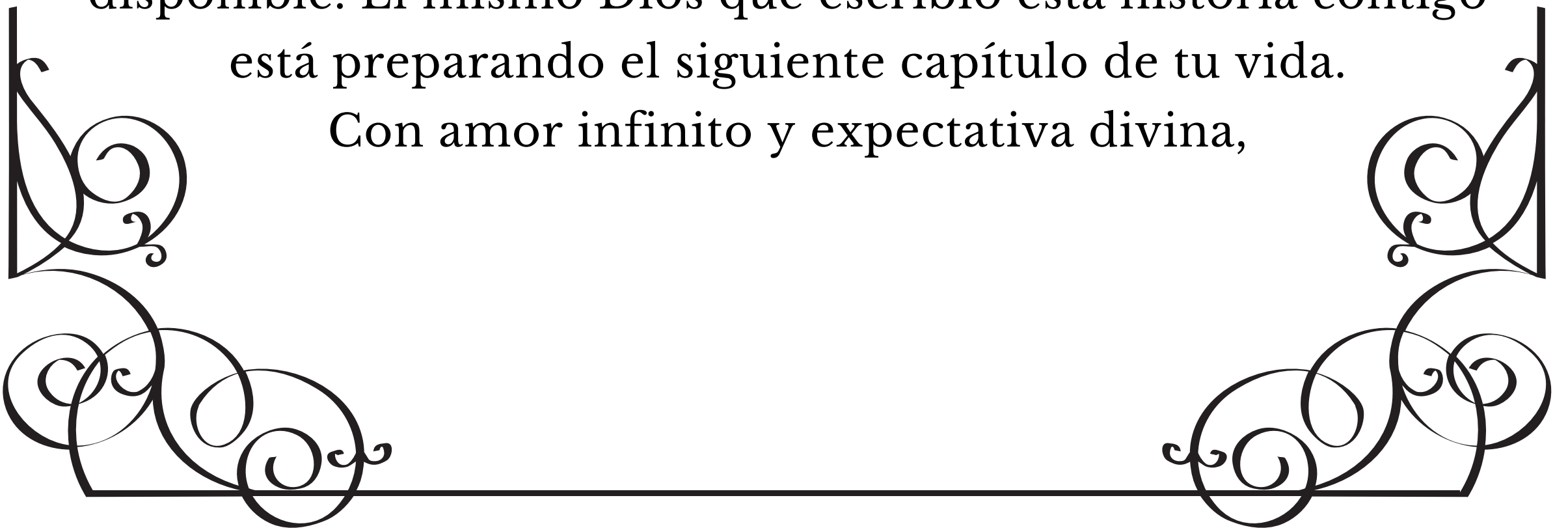


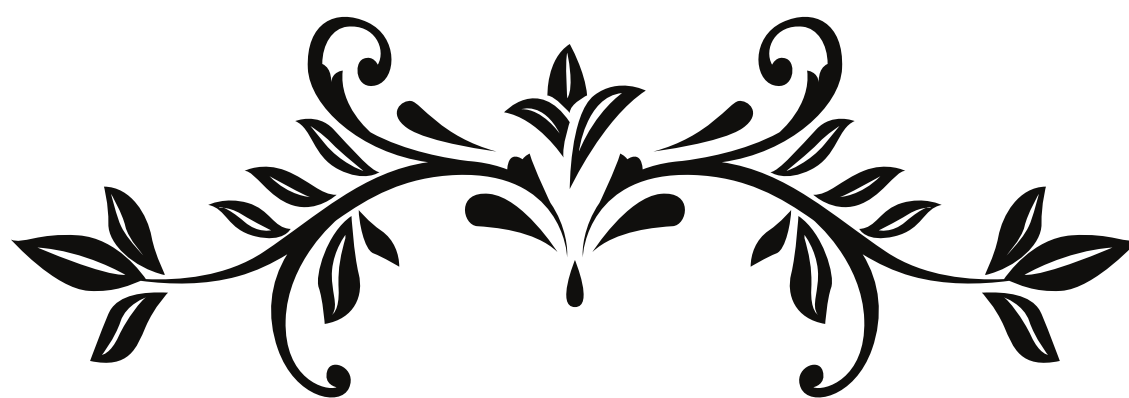
Si has llegado hasta aquí, hermana mía, es porque algo en tu corazón ha resonado con estas palabras. No es casualidad. Es el Espíritu Santo confirmando que tu historia también tiene un propósito divino.

Recuerda siempre: no importa cuán rota te sientes, no importa cuántas veces hayas fallado, no importa cuán imperfecta sea tu fe. Él te está llamando ahora mismo. Tu quebrantamiento no es tu descalificación; es tu credencial para un ministerio auténtico.

Mantente conectada, mantente en oración, mantente disponible. El mismo Dios que escribió esta historia contigo está preparando el siguiente capítulo de tu vida.

Con amor infinito y expectativa divina,





© 2025 Xiomara Quiñónez V. LA BELLEZA DE LO SIMPLE

Milagro, Ecuador

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Las citas bíblicas, a menos que se indique lo contrario, son tomadas de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960.



Conecta Conmigo

Sitio Web: www.labellezadelosimple.com

Email: Para testimonios, oración y conexión ministerial

Correo: info@labellezadelosimple.com

Comparte tu testimonio de cómo este libro tocó tu corazón. Cada historia importa, cada vida transformada es una victoria del Reino.

EPÍLOGO DEL CAPÍTULO

“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas” (Proverbios 3:5-6).*

El primer capítulo de la nueva vida de Elena había terminado, pero la historia estaba apenas comenzando. Porque cuando una mujer descubre quién es en Cristo, cuando un matrimonio decide poner a Dios en el centro, cuando los sueños se alinean con el propósito divino, no hay límite para lo que puede suceder.

Y en algún lugar de la ciudad, otras Elenas despertarían a las 3:33 AM, sintiendo el llamado silencioso de Aquel que convierte la espera en preparación y los sueños aplazados en promesas cumplidas.

La restauración había comenzado.

www.labellezadelosimple.com

GRACIAS !!!

XIOMARA QUIÑÓNEZ V.



Lbs5930920250621